

Por qué nos empeñamos en saber lo que pasa en el mundo árabe

Escrito por Jordi Comins

Durante el último año, la crisis económica ha dominado la agenda política europea. Paralelamente, las informaciones relacionadas con los mercados y las primas de riesgo han monopolizado los titulares de prensa y los análisis prospectivos y, mientras tanto, países como España se han subido al carro de la nueva EUROPA (Espacio Unido por los Recortes Opresivos y los Programas de Ajuste). Pero el universo informativo no se agota con las dificultades económicas, de manera que otros acontecimientos políticos relevantes, como las revueltas árabes iniciadas a finales de 2010, continúan plenamente vigentes.

La eclosión de la Primavera Árabe en algunos países el norte de África y de Oriente Próximo —el Magreb y el Mashrek— continúa siendo un hecho extraordinario que hay que revalorizar ante la opinión pública mundial. Dar la voz a quienes reclaman más libertad en sus países no solo es una tarea informativa ineludible, sino un imperativo moral. Este convencimiento, sumado a la vocación y al interés por el mundo árabe —y sus derivadas culturales islámicas— de un grupo de jóvenes profesionales, licenciados y estudiantes universitarios de diversa procedencia, es el catalizador que impulsó la formación de *AISH* hace un año.

Muchos de nosotros hemos vivido experiencias, algunas buenas y otras no tanto, en algún país árabe. Otros lo harán casi con toda seguridad en el futuro para completar las enseñanzas adquiridas en aulas y bibliotecas. Pero todos somos conscientes —y con nuestra participación en este proyecto así lo demostramos— de la necesidad de abordar, desde el punto de vista de la información y el análisis, una realidad que a primera vista puede parecer alejada y extraña, incluso exótica, pero cuyos lindes no son otros que los del cercano mar Mediterráneo; y ello sin perder de vista otros puntos más alejados de ese tradicional espacio de confluencia de culturas y religiones, como son las monarquías del golfo Pérsico y otros países musulmanes no árabes en los continentes africano y asiático, ese complejo conjunto de vidas que suele denominarse mundo araboislámico.

Nos empeñamos en saber lo que pasa en parte de ese ámbito geográfico y político por su influencia en términos geoeconómicos. La modernidad ha sustituido las antiguas rutas comerciales de la seda, de las especias y del incienso por una vasta red de gasoductos y oleoductos que atraviesan Oriente Próximo y el norte de África; pero no ha logrado alterar el estatus de esa extensa región, convertida en el centro neurálgico que ha

conectado Asia, Europa y África durante siglos. Basta con ojear un mapamundi para comprobar que los puntos de contacto que unen esos tres continentes, trascendentales desde el punto de vista económico, son: el canal de Suez, en Egipto; el estrecho de Ormuz, principal cuello de botella, o *choke point*, del comercio mundial de crudo, en las costas del golfo Pérsico; y el estrecho de Bab al-Mandab, que separa Yemen de Yibuti y Eritrea. Casi todo el comercio entre Europa y China, Japón, India y el resto de Asia, así como el petróleo que los productores de la península Arábiga envían a los países europeos, pasa por esta pequeña franja marítima que conecta el mar Arábigo con el mar Rojo.

Según el último informe del Fondo Monetario Internacional [Perspectivas de la Economía Mundial](#), la participación de Oriente Próximo y el Magreb en el PIB mundial es del 4,9 %; un porcentaje bastante escaso si se compara con los de las economías emergentes y en desarrollo de Asia (25,1 %) y de América Latina y el Caribe (8,7 %). No obstante, resulta especialmente significativo si se tiene en cuenta que el conjunto de esos países posee algo más de un tercio (36,1 %) de la producción mundial de oro negro y el 20,4 % de la producción de gas. Además, [resumiendo la situación](#), estos países acumulan el 52 % de las reservas probadas totales de petróleo y el 42,4 % de las reservas probadas de gas. Eso les otorga una llave maestra con la que llevar a cabo intercambios políticos en términos muy ventajosos; es decir, les da mucho poder.

Nos empeñamos en saber lo que pasa en el mundo árabe por su creatividad. *AISH* ha estado presente en muchas de las actividades culturales que han tenido lugar durante este último año; un extenso repertorio lleno de vitalidad en el que no han faltado la literatura, el cine y la música, entre otras manifestaciones culturales. Las expresiones culturales árabes e islámicas no se reducen a la poesía de la resistencia, a las novelas de un solo autor, a las películas documentales que describen las tragedias en Palestina y el Líbano, o a las imágenes repletas de clichés que saturan los medios de comunicación y la publicidad turística. Hay obras que tienen por objeto temas mucho más frescos y de actualidad. Por ejemplo, el de los inmigrantes de segunda generación que buscan construirse una identidad propia en el país de destino y que se encuentran atrapados entre dos referentes culturales que les son propios y ajenos por igual. Hay jóvenes que buscan su voz cultural, además de la política, y la encuentran con la vitalidad que da querer salir de la oscuridad y el inmovilismo, de la pobreza y la violencia, de la tradición y la mera copia de la cultura global dominante.

Nos empeñamos en saber lo que pasa en el mundo araboislámico por su situación político-social y de seguridad. Desde hace casi dos años, algunos países de Oriente

Próximo y del norte de África se encuentran inmersos en procesos de transición política. Por una parte, no se sabe todavía muy bien si se dirigen hacia regímenes revestidos de un barniz más democrático, o simplemente hacia un nuevo reparto de poder propiciado por la nueva correlación de fuerzas surgida de las urnas, sobre todo en los casos de Túnez y Egipto. Por otra parte, no hay signos evidentes de que la situación política vaya a cambiar en las monarquías del Golfo, y pocas expectativas de cambio se esperan en Argelia tras la celebración de elecciones. Lo mismo que en Marruecos, con su nueva y tímida apertura desde el punto de vista constitucional, y en Jordania, donde el Gobierno cambia cuando hay señales de protesta y actúa como parachoques de la casa real. Por su parte, en Libia y Yemen, los problemas de seguridad amenazan directamente cualquier iniciativa de cambio.

El mundo árabe —y, por extensión, buena parte de los países mayoritariamente islámicos— es un gran rompecabezas. El conflicto entre Israel y Palestina sigue cruelmente enquistado y sin solución aparente tras más de seis décadas de choque. Y por si fuera poco, con el paso de los años se han ido conformando otras dinámicas belicistas con la aparición de nuevos actores. Por ejemplo, entre Israel y el Líbano, con la emergencia de Hizbulá, y entre Israel e Irán, alimentado desde hace meses por los discursos de sus respectivos Gobiernos. Por su parte, la crisis en Siria —que arroja ya la escalofriante cifra de 25 000 muertos, según el Observatorio Sirio de Derechos Humanos— evidencia lo que ya se vislumbraba desde hace tiempo: en Oriente Próximo está librándose una auténtica guerra encubierta que enfrenta al bloque formado por los Estados Unidos y sus aliados regionales, Catar y Arabia Saudí, con Irán y Rusia, que apoyan enérgicamente el régimen de Bashar al-Asad.

Si hay una palabra que define el estado actual de cosas en el mundo araboislámico es, sin lugar a dudas, incertidumbre; una situación que suele provocar inquietud, pero que también genera cierta atracción hacia lo desconocido e incita a investigar, obtener información, analizarla, compararla, desmenuzarla y compartirla con el lector para que le resulte más digerible e interesante. Porque hay que contar lo que pasa, y contarlo bien, en forma y contenido sin, por ejemplo, recurrir a la utilización de estereotipos presentes en el imaginario colectivo o caer en la trampa de las identidades enfrentadas para construir un discurso finalista. Por eso nos empeñamos en saber qué pasa en todos esos países que conforman el mapa de *AISH*, y por eso nos apasiona lo que hacemos.